



«ORRIA el año 1854. Quirós era un concejo como la mayor parte de los de Asturias, agrícola y ganadero. Un concejo que vivía feliz bajo el patronazgo del señor de Terreros, cuya vida e historia narramos hace poco en estas páginas.

Hasta que, en el año que más arriba citamos, una tragedia ocurrida en el pueblo de Mengoyo conmovió a todo el término e hizo conmoverse a todo el concejo quirosano.

Todavía en las largas veladas invernales, en los pueblos de montaña, se cuenta y narra por los viejos la trágica historia, oída a sus antepasados. Hace días, primero en Arrojo y luego en Bárzana, dos viejos nos contaron los hechos, que, según sus antepasados, ocurrieron de este modo. Y hay visos de que sean realidad, porque ambos nos los relataron con la misma clase de detalles.

La historia empieza así. Era Mengoyo el pueblo más abrupto y alejado de la capital del concejo. Más de dos horas se tardaba en llegar desde Villagundú, que ese era el pueblo más cercano que tenía. Acaso se tardaba algo menos desde algún lugar de Proaza, pues el lugar estaba en los montes cercanos a ese término.

Ni Cortés, ni Lindes tienen comparación con lo alejado e inhóspito que es-

acercaba Semana Santa, y el párroco de Fresnedo, como la nieve ya se iba marchando y su caballo podía caminar, acudió el miércoles a Mengoyo. Llegaría una hora de camino, cuando vio tendido en el suelo, muerto, a uno de los vecinos más fuertes del pueblo. Tentado estuvo de dar la vuelta y comunicar su hallazgo, pero algo le hizo temer que "algo más gordo" hubiese ocurrido allá, en la



Hórreo trasladado a Villagundú.

Sus veintidós vecinos murieron envenenados

LA TRAGEDIA DE MENGOGOYO "QUIROS"

UN SUCESO QUE CONMOVIO A ASTURIAS EN 1854 Y AUN SIGUE SIN ACLARAR

Por Constantino G. REBUSTIELLO. — Fotos DEL CASTILLO

ta Mengoyo. Ya en noviembre se aprovisionaban de todo lo imprescindible en la época, pues las nieves, con frecuencia, les dejaban incomunicados hasta abril. Y el párroco de Fresnedo les echaba la bendición y les daba prerrogativas y concedía permiso para que todos los domingos y días de fiesta un habitante del pueblo rezase el rosario en hora de las doce del día, para sustituir así la santa misa, y repartiese cada día festivo un vecino el pan de ánimas, que tiene obligación de hacer y dar gratuitamente.

Veintidós habitantes tenía la aldea. Y un domingo las campanas tocaron, como siempre, a los actos religiosos que se celebraban. Como un solo hombre, acudieron todos los vecinos, y de la mano llevaban a sus hijos, por pequeños que éstos fueran. Después, ya es la leyenda, o la deducción, lo que tiene que juzgar lo que allí pasó.

Era el mes de abril, se

braña, pues el que nadie saliese a buscar a aquel vecino, que por los signos de descomposición llevaba varios días muerto, lo que le hizo fue forzar su caballo, rumbo a Mengoyo. Y, cuando llegó allí, un espectáculo dantesco se le presentó. Las pinas callejas del pueblo estaban pobladas de cadáveres. La puerta de la iglesia permanecía abierta y tres o cuatro vecinos, en estado ya de putrefacción, yacían dentro, abrazados a los santos. Y los niños de pecho que había en el lugar estaban también muertos, abrazados a sus madres, que estaban tiradas entre la nieve que aún había en Mengoyo.

Con ojos de terror, contemplaba el cura aquella masacre. Y, cuando reaccionó, abandonó, incluso, el caballo y emprendió veloz carrera hacia Fresnedo. Llegó al pueblo y, presa del terror, desde su iglesia hizo tañir las campanas, llamando a los vecinos. Cuando éstos, abandonando sus faenas, acu-

dieron a la iglesia, el párroco, más sereno, contó la horrible escena que arriba había. Salgó todo el pueblo de Fresnedo rumbo a Mengoyo, a la vez que se enviaban emisarios a Arrojo y Bárzana, a dar cuenta de lo ocurrido.

Recogieron los cadáveres y notaron la falta de uno. Creyeron que acaso había muerto por el invierno y lo habían enterrado. Ya de noche, llegaron gentes de Arrojo y Bárzana, entre ellos un médico y el regidor mayor de la capital del concejo. No hizo falta averiguar mucho para saber de qué habían muerto; casi todos tenían en la mano parte del pedazo de pan que el domingo les habían dado en la iglesia. Y un cerdo que había entrado en la casa del que lo repartió — que éste fue uno de los que logró llegar a ella — también aparecía muerto.

Se hizo una fosa común y allí fueron enterrados todos. El olor en la cum-

bre era insostenible. Pero quedaba la incógnita de con qué estaba amasado el pan. Dos famosos botánicos de aquel entonces vinieron a Quirós a investigar. Nada lograron saber fijo. Su versión fue que las aguas del riachuelo que por allí pasaba dejaron al descubierto una pequeña capa de arsénico, y que con ese agua se hizo el pan, produciendo la muerte de todos. Si así fue, ¿por qué no murieron las vacas, cerdos, gallinas y demás animales domésticos que en el pueblo había?

Se juntaron todos los curas de Quirós, Teverga y Proaza, para decir un funeral por las víctimas, en Mengoyo. Nunca se vio tanta gente en la braña. El cadáver del vecino que faltaba fue hallado a los pocos días en los límites de Proaza. Posiblemente, intentó llegar a Santa María, pueblo que quedaba más cerca que Fresnedo, aunque fuera de otro concejo. Las autoridades, al cabo de unos meses, de-

cretaron prender fuego al pueblo y no sacar de allí nada más que los santos de la iglesia. Pero los vecinos de Fresnedo y Villagundú se opusieron a que fuese destruido el hórreo donde antes de haber iglesia en Mengoyo se decía misa y lograron el permiso para trasladarlo a Villagundú, donde todavía está.

A Fresnedo fueron trasladadas las vírgenes que allí se adoraban: Santa Ana y la Magdalena.

El lugar quedó convertido en braña. Hoy, cerca de Río Oscuro, la braña de Mulatesa y la Mortera, apenas si quedan rastros de lo que un día fue un pueblo. La fantasía corrió por Quirós en aquellos tiempos. Docenas de historias se inventaron acerca del trágico fin de los vecinos de Mengoyo. Años tardaron los pastores quirosanos en llevar sus ganados a lo que hoy es braña, que lleva el nombre que tenía el pueblo, que era el más alto que tenía Quirós y uno de los de



Uno de los hombres que en Quirós sabe más de la historia del pueblo desaparecido.



Villagundú, en las montañas de Quirós.

mayor altitud de Asturias, pues sobrepasaba los mil metros.

Hoy sería fácil saber la causa que produjo la muerte de aquellas veintidós personas. Entonces no lo era. Por eso, la fantasía popular dio pábulo a tantas conjeturas.

El Sábado de Gloria de aquel año se decretó que las campanas de todo Quirós, en vez de tocar a gloria, repicasen a muerto, por la tragedia ocurrida. Y tanto fue el pánico que en Quirós tuvo la gente a aquel lugar, que familiares de los difuntos, de otros lugares, no sacaron ni un mueble ni se aprovecharon de ningún utensilio de los que allí que daron.

Y cuenta la historia que el señor de Terreros dio tres vacas, dos caballos y

varios animales más, para que bebiesen en el arroyo, a ver si las aguas estaban contaminadas. Quince días las tuvo subiéndolas a diario a Mengoyo, para darlas de beber, y nada les ocurrió a las reses, pese a que las que enviaba eran débiles y enfermizas.

¿Cuál fue la causa de la muerte de los habitantes del pueblo quirosano? Parece que nadie duda en afirmar que fue el pan que se dio a la salida de la iglesia. Pero, ¿qué mezcla llevaba, que le hizo mortalmente venenoso? Esto es lo que quedará en la más completa oscuridad. La fantasía sume este caso en la más completa ignorancia de lo que allí ocurrió.

Eran otros tiempos, en los que la ciencia y sus medios no estaban al alcance de los de hoy.